

DOCUMENTO

LA ACCION DEL MODERNISMO

NAPOLEON PACHECO

243

Decía André Gide que cada generación debe de tener un traductor de las grandes clásicos de la antigüedad. Porque el pensamiento, el estilo y la expresión literaria de quienes vivieron y sintieron en otras épocas de la historia, no son los mismos en nuestro tiempo y en el suyo. En el nuestro adquieran siempre dimensiones que ni siquiera sospechamos. Esta es, justamente, la razón de ser del humanismo. Hoy Horacio, el melancólico Horacio, es otro del que fue para los romanos del naciente imperio latino. Recordamos en esta ocasión la sugerencia de Gide porque pareciera que ya no hay nada que agregar a cuanto se ha escrito en las letras latinoamericanas sobre el modernismo. Sin embargo, si se ahonda en este movimiento artístico se descubren muchas cosas sorprendentes que van mucho más allá de las simples técnicas estéticas que tanto entusiasmaron a los poetas y escritores de un ayer no tan lejano. Estas técnicas, que tienen mucha importancia, desde luego, han sido tan estudiadas que insistir en las innumerables tesis de los críticos que se han ocupado del modernismo, es repetir una vez más lo que todo el mundo sabe. Por lo demás, como en las diversas disciplinas de la cultura, llega un momento en que sus conquistas se asimilan definitivamente y es en vano que se trate de hacer una nueva digestión de ellas. Lo que de esas conquistas es vital circula en los órganos temporales de los pueblos y lo que no sirve, que dichosamente siempre es lo más, se desecha. Es un ejercicio inútil revolver viejos valores ante el avance que esos valores, que actuaron provechosamente a su debido tiempo, hacen posible frente a las necesidades humanas resultantes de esa acción.

El modernismo, síntesis de un continente que busca, de una vez por todas desde ese entonces, su sentido en la historia occidental, no aparece porque sí en el último tercio del siglo XIX y primera década del presente. No hay más que estudiar sus conquistas para darse cuenta de que quienes propiciaron este movimiento ansiaban respirar a pulmón tendido en am-

bientes que los asfixiaban. Los poetas y escritores que se empeñaron en destruir una tradición colonial que ya no tenía por qué existir, entendieron los problemas de sus pueblos e hicieron un alto para recapacitar en lo que deseaban, que era para ellos muy difícil de definir en una región del mundo que aún tarda en definirse. Tenían ante sus ojos todos los elementos para una gran reforma que sus antecesores no habían considerado sino desde un punto de vista literario carente de vitalidad y emoción: una naturaleza brutal, exótica, una raza en formación que contaba con vestigios éticos inmóviles que perduraban en las entrañas silenciosas de paisajes aterradores, de sociedades semif feudales de una herencia colonial persistente y una lengua fuerte que correspondía al despertar de este mundo inédito. Las formas expresivas estereotipadas de que habían echado mano sus antecesores no eran más que eso, formas estereotipadas, que ya no correspondían a las emociones de una historia viviente. En sociedades primitivas, sociedades agrarias de campesinos rutinarios, todo aquello sonaba a falso y en verdad era falso. Es el despertar romántico el primer paso hacia una transformación de todo este legado de siglos de encomenderos, de curas supersticiosos y codiciosos y de indios sumisos sometidos a las nacientes oligarquías y a una monarquía lejana, especie de entelequia política. El romanticismo, que aparece en América hacia 1840, significa la primera ruptura con el pasado y el primer contacto de Latinoamérica con Europa.

Desde el punto de vista social es tan importante el romanticismo latinoamericano como fue la conquista del Nuevo Mundo en cuyo dinamismo de protesta individual veía ya Ortega y Gasset la primera manifestación de los futuros movimientos de independencia. La Conquista y el romanticismo constituyen los vislumbres de una occidentalización de América, la primera a través de España, el segundo directamente. El tipo humano romántico es muy parecido, aunque no semejante, al de la conquista, pues entre ambos han transcurrido tres siglos de vida pasiva que se iniciaron con las hazañas locas de la conquista y las hazañas independentistas, no menos locas, de los soldados que hicieron las guerras de la Independencia. Los grandes caudillos de estas hazañas son los primeros tipos románticos que caracterizan, aún actualmente, a nuestra historia. Hay elementos permanentes



en este proceso total de América: la religión católica, que es una manifestación de la Europa Occidental, la lengua española, que es una lengua de Occidente, y la raza, que no es occidental sino una mezcla milagrosa del europeo, del indio y del africano. El conquistador es español. El caudillo romántico de las guerras de Independencia es un mestizo, un cholo mañoso. Habla español, es católico, pero es latinoamericano, una nueva expresión étnica de las razas que se asoman ahora al panorama del mundo occidental. Esta es la base humana de nuestro romanticismo. El hombre es romántico por su acción y sus sueños. La naturaleza es romántica por brutal y abusiva. La acción es romántica por su finalidad que es la libertad, aun cuando ésta se detenga, por razones históricas que hoy apenas estamos empezando a comprender, en un afán independentista. América se independizó de España, pero las estructuras de nuestras pequeñas sociedades siguieron siendo hispánicas. El romanticismo, en sus orígenes, es una lucha contra España usando las mismas armas que esta gran nación le había confiado a nuestro continente a lo largo de los tres siglos de la Colonia. La hazaña fue posible porque Europa quiso europeizar a la Península. Pretensión absurda, pues España vivió y sigue viviendo fuera de la historia. España es la historia en sí, para decirlo en un sentido unamuniano.

Al desprenderse de España, América tuvo lógicamente que acercarse a Europa. A una Europa total y en plena transformación. A la Europa romántica, cuyos dominios se extendían desde Alemania hasta Inglaterra y de la cual Francia era la placa turnante. Fueron estas tres naciones las que atrajeron a los primeros viajeros latinoamericanos de los años que siguieron a las guerras de Independencia. Nuestros poetas y escritores se sintieron atraídos sobre todo por París. Imitaron lo que los poetas y escritores parisienses realizaban y trataron de darle un ambiente americano a sus imitaciones. Las corrientes románticas más notables fueron las del Río de la Plata, Chile y Méjico. En estos tres países se define el romanticismo americano. No solamente existe en el movimiento romántico una reacción contra un neoclasicismo insustancial, sino la plena aparición de nuestra naturaleza con sus bellezas inéditas, sus colores brillantes, su sentimiento de la soledad y también la presencia del hombre encarnado en el caudillo. La mujer romántica americana es vaga como lo es, por lo demás, en todos

nuestros poetas y novelistas, aun en los que nos asaltan hoy en día con un erotismo difuso. En el romanticismo ya hay muchas de las cosas que inquietarán a los modernistas. Los románticos definieron las futuras tendencias de la literatura latinoamericana y además al hombre que vive en nuestros paisajes. Sarmiento, escritor romántico por excelencia, en sus luchas sin cuartel contra Rosas definió este tipo humano, de una vez por todas, con su **Facundo**. Es cierto que Sarmiento escribió su gran libro para luchar contra la barbarie, a la cual oponía la civilización, palabras vagas en su terminología beligerante, sobre todo la segunda. Quizás no se dio cuenta de que Facundo Quiroga encarnaba el genio exacto, de nuestro Continente, de que era el tipo humano que correspondía a nuestras tierras y que con esta clase de tipos bárbaros tenemos que construir aun irremediamente nuestra historia. No eran menos bárbaros los caballeros de la Edad Media, de cuya leyenda sangrienta nació la Europa civilizada.

El romanticismo fue decayendo conforme crecía el interés directo por Europa. Este interés crecía porque nuestra América posee las materias primas que el poderío industrial europeo necesitaba entonces y también necesita ahora. Ya América, durante los siglos de la Colonia, había echado las bases del capitalismo occidental enviando a Europa el oro, la plata y las piedras preciosas de sus minas. Por el momento eran otras las necesidades europeas y era, por consiguiente, otro el interés por nuestras tierras. Los ingleses, cuya presencia en el Río de la Plata es efectiva desde las guerras de Independencia, necesitaban cueros. Las pampas argentinas satisfacían ampliamente sus necesidades. El gaucho hace su aparición en la guerra y en la literatura, entre los cueros de las reses cimarronas. En Chile el salitre crea toda una serie de personajes que, ya muy diluidos, hallamos en la novelística de Blest Gana y Edwards Bello. El inglés modela esta nación, la acerca a Europa. Chile es quizás el más europeo de los países de Sudamérica. En una famosa discusión entre Bello y Sarmiento, el primero de formación inglesa y Sarmiento, que ha hecho su cultura en los Andes a salto de mata, Santiago de Chile descubrió el romanticismo hacia 1842. Sarmiento hizo entonces la defensa del romanticismo en ruda pelea, con el rebenque en la mano, contra Bello, que defendía las tesis neoclásicas. Es interesante constatar que en 1888, Rubén Darío publica en Santiago de Chile su primera edición de *Azul*. . . donde están resueltos todos los proble-



mas del modernismo, como, cuarenta y seis años antes en la misma ciudad se habían definido los del romanticismo en la candente polémica. Siempre Europa es el resuello de estas luchas por darles perfiles netos a nuestros pueblos. En Méjico el fenómeno fue menos notable porque este país defendía sus fronteras frente a los Estados Unidos, luchaba contra los franceses de Maximiliano y contra un caudillismo fogoso que, durante su larga carrera, había sintetizado el general Santana. Por otra parte, los centros vitales de la época colonial, las sedes de los dos grandes virreinos, Méjico y Perú, fueron mediatizados por una cultura artificial que, a pesar de sus artificios, tuvo una verdadera influencia en estas dos regiones de América. Lima y Méjico fueron muy lentos en la asimilación de las corrientes literarias extranjeras, por el hecho de que quienes se empeñaban en una revolución de todos los valores, encontraron mayor resistencia en estos ambientes intelectuales de hondas raíces históricas. Fueron los países del Atlántico, más abiertos a los vientos europeos, los que sufrieron la influencia directa del viejo mundo. Inglaterra y Francia, al decaer España en el marasmo de su desidia nacional, comenzaron a crecer como grandes potencias imperialistas. Estos países ofrecían los valores de una literatura dinámica, de un arte expresivo y, sobre todo, de recias personalidades que encarnaban para los latinoamericanos el más suntuoso individualismo, genio de la raza. En los románticos franceses e ingleses estas virtudes eran evidentes, casi se tocaban con la punta de los dedos. Víctor Hugo y Lord Byron fueron los más eficientes modelos de nuestros primeros románticos. De su influencia arrancará el modernismo cuando el romanticismo, que decayó en una literatura cursi y de mal gusto, desapareció de los cenáculos literarios de las nacientes capitales latinoamericanas. Esto sólo sucedió formalmente, pues el espíritu romántico siguió perdurando, y aún perdura, en nuestros escritores. América es un continente esencialmente romántico y no se puede prescindir de este dictado de la raza porque sería negar el genio de nuestros pueblos.

La decadencia del romanticismo se aproxima a su fin hacia 1870, cuando ya lo grandes imperios inglés y francés se han definido. Por estos años son naciones de un tipo muy moderno y su predominio mundial, desde cualquier ángulo que se las contemple, es definitivo. Modelan, con sus instituciones de todo género, a las naciones occidentales. La penetración

de Inglaterra y Francia es muy profunda en Latinoamérica en ese entonces, porque nuestras repúblicas cuentan con largos años de independencia. Existe, pues, una corriente recíproca de intercambio entre el viejo y el nuevo mundo. Grandes masas de inmigrantes se dirigen hacia América. Ingentes cantidades de materias primas del suelo americano viajan hacia Europa. Ya nuestros países, bien que mal, han hecho la digestión del caudillismo, resultado de las guerras de Independencia, y, con un tenue baño cultural europeo, pueden darse el lujo de pensar en sus propios problemas, el más inmediato de los cuales es un nuevo acercamiento a España, la enemiga circunstancial de ayer, la madre de siempre. Esto es muy importante porque el español es nuestra lengua y, por lo tanto, es el vehículo que transporta nuestras emociones y pensamientos. Es decir, a pesar de que casi todos nuestros maestros hablan o simplemente leen el francés y el inglés, las lenguas en que se están realizando las grandes transformaciones de los tiempos actuales, se expresan en español. En este sentido don Andrés Bello había sido previsor al escribir su gramática que se separa de la española, si no en su morfología sí en su sintaxis. Sin la gramática de Bello es muy posible que nuestros pueblos, desde el punto de vista lingüístico, se hubieran balkanizado definitivamente y hoy hablarían tantos dialectos de origen español como existen repúblicas de origen latino. Al concepto teológico gramatical de España opuso don Andrés Bello un concepto funcional de la lengua. Este simple principio permite expresarse como se quiera, pues las palabras tienen, sobre todo, funciones en las lenguas y no tanto significado. De este principio se valieron los románticos latinoamericanos para su gran revolución literaria y más aún los modernistas.

Cuando todo esto cuaja América se da cuenta de su existencia frente al ataque de los imperios inglés y francés y del naciente poderío norteamericano. Los escritores se pliegan sobre sí mismos, escudriñan su alma, se asombran ante el mundo que los rodea y se dan cuenta de que Latinoamérica es fundamental para la existencia de Occidente. Cuando la influencia de Europa penetra en nuestras repúblicas ya ellas tienen conciencia de su propia existencia. Esto sucede en los últimos veinte años del siglo XIX. Son los años del gran auge del modernismo en el verso, en la prosa, en la filosofía, en las artes plásticas. Son los años en que se definen, una frente a otra, Latinoamérica y Norteamérica, deslindando sus campos de acción,



su idiosincracia y su genio propio. La guerra hispano-norteamericana de fines del siglo pasado significó la total independencia de Latinoamérica de España, la agresividad peligrosa de los Estados Unidos hacia todo el continente, y aún más allá, al lejano Oriente, el acercamiento de nuestros pueblos a la madre maltrecha en la desventura del Caribe. Esta guerra es simultánea con el auge del modernismo. José Martí, uno de los más brillantes precursores de la nueva escuela literaria, deja su vida ardiente en su lucha contra España en 1895. Julián del Casal, el otro precursor cubano, muere en 1898. Ambos son cubanos, pero son, sobre todo Martí, tipos universales, con ese universalismo tan característico de los latinoamericanos. Poco importa que los Estados Unidos peleen contra el antiguo enemigo de Latinoamérica. Todos los escritores de nuestro continente están del lado de España y frente a los norteamericanos. Los Estados Unidos, con su guerra espectacular e injusta en las islas de Caribe, contribuyen, por segunda vez, la primera fue el zarpazo a Méjico enarbolando la doctrina del Destino Manifiesto, a definir nuestro continente acercándolo más a Europa, ahora orillando a España aunque sea sentimentalmente. Es indudable que esta epopeya desigual produce uno de los fenómenos más trascendentales de nuestra historia: la universalización de nuestro genio que se vehicula en todas las expresiones del modernismo que, en el fondo, no es sino una asimilación espiritual de Europa, sobre todo de Francia, por nuestros artistas y hombres de pensamiento. Es cierto que Rubén Darío había publicado *Azul*. . . en 1888 y que este libro de prosa y verso tuvo una resonancia continental hasta el punto de que los grandes críticos españoles de aquellos tiempos lo saludaron efusivamente. Es cierto también que existía un movimiento renovador activo por todas partes, en Colombia, donde José Asunción Silva ensayaba su melancolía romántica en extraños ritmos, en Méjico, donde Díaz Mirón roncaba, frente al Caribe, en su ciudad natal, Veracruz, con fuertes acentos huguescos y Gutiérrez Nájera, en la altiplanicie mejicana, su elegancia en prosa y versos de un sabor hasta entonces

desconocido. Todo esto vino a amalgamarlo la guerra hispano-norteamericana. Martí y Darío, con su genio indiscutible, le dieron a esta epopeya una resonancia universal e hicieron, directamente, que el modernismo latinoamericano incorporara a nuestro continente como una provincia más a la literatura mundial. Esto tiene una importancia enorme, pues con este hecho aparentemente insignificante se afirmaba el pensamiento latinoamericano y ofrecía, a quienes se interesan por las manifestaciones sociales de los pueblos, los elementos para una lucha futura que en estos momentos se afirma en los medios intelectuales y no intelectuales del continente.

La lengua, en primer término, que el modernismo, a pesar de sus rebuscamientos y exageraciones, depuró de las estructuras envejecidas dándole flexibilidad, claridad y unidad universal. En efecto, la lengua de los modernistas es clara, ágil, expresiva y dotada de una gran belleza lírica. Se aventura a tratar los temas más actuales y penetra en las culturas más diversas. Es una lengua esencialmente latinoamericana que tiene que ver muy poco con el español contemporáneo. Salta desde el siglo XVI, cuando los conquistadores hablaban una lengua popular, sin pretensiones, la lengua que hablaba un pueblo de soldados, de pícaros y de aventureros, hasta la que se hablaba a fines del siglo XIX. Es fácil el tránsito de Rubén Darío por las páginas de los grandes clásicos, pues estaba acostumbrado al habla popular de Centroamérica, al ritmo lento de sus masas analfabetas que empleaban aún un vocabulario arcaico para España pero no para nosotros. Muchas de las innovaciones lingüísticas del modernismo son un retorno muy natural al auténtico clasicismo español, cuyos encantos no habían desaparecido en las relaciones cotidianas de nuestras gentes que gozaban el extraordinario privilegio de ser analfabetas de tomo y lomo. Cuando se leen poemas como *Martín Fierro* se da uno cuenta de lo maravillosa que fue aquella lengua en que los payadores cantaban su soledad y el drama de la dramática incorporación a la historia de los países del Plata. La misma prosa de Sarmiento tiene un sabor arcaico que le da gran fuerza al relato de su odio y su pasión antirrosistas. La prosa de Martí, quizás uno de los mejores escritores de la literatura castellana, tiene una gran cadencia clásica que se diluye deliciosamente en la expresión de sus pensamientos vehementes. Era difícil la clarificación de una lengua que se había corrompido



en las Universidades del tipo teológico que fueron las que prosperaron, y aún siguen prosperando, en Latinoamérica. Era una lengua dura, sin alma, correcta como camisa de frac, superficial, sonora sin ninguna musicalidad. Su contraste con el habla popular era notable. Era una lengua arropada en su petulancia porque quienes la usaban no tenían nada que decir y sí mucho que repetir retóricamente. Todo cambia con el romanticismo y más aún con el modernismo. El mensaje de los escritores y poetas y el sentido universal de este mensaje necesita de la lengua que justamente sus más claros exponentes conocen y emplean a fondo. Nos interesa muy poco todo eso de que se ha hablado a propósito del exotismo modernista, chinerías, japonerías, la Grecia antigua y la Grecia renacentista, la influencia de Verlaine, de Baudelaire, de Heine, de Poe, de Mallarmé, de D'Annunzio, qué sé yo, de cuanto europeo se atraviesa en la crítica de los eruditos. Nos interesa el hecho de que al buscar nuevos ritmos, nuevas combinaciones de rimas, nuevas posibilidades métricas, se aireó la lengua y se le dio esa agilidad que habría de alcanzar en los grandes escritores del momento, y que fue capaz de crear una tradición de que hoy disfrutan los que cultivan el arte de escribir.

Con el modernismo hace también su aparición el verdadero hombre americano. Los escritores lo descubren por contraste con los hombres de otros continentes, ya sea viajando con la conciencia despierta, ya sea contemplando cómo se adaptan los inmigrantes a nuestro estilo de vida. El latinoamericano es un nuevo tipo humano, un hombre resentido, silencioso, soledoso, ensimismado, que sólo se mueve cuando hay que defender la libertad, el individuo, el ser en sí. Es el hombre de un paisaje dado que cambia con las necesidades de la existencia. Es el hombre de la naturaleza que explotó la novela realista de entonces y de siempre, dentro de las definiciones flexibles del modernismo.

También el modernismo descubre el problema de la lucha entre la ciudad y el campo. Desde fines del siglo pasado la ciudad destruía el campo como consecuencia del progreso de las pequeñas naciones. Pero el tipo humano no cambiaba, pues la naturaleza es de tal manera brutal que casi

no existía la diferencia entre el hombre del campo y el de la ciudad. Nos referimos al tipo netamente americano, con el inmigrante el fenómeno es distinto. El campesino arrastra detrás de sí la brutalidad de la naturaleza y con esta resistencia entre humana y espontánea, forma fuertes cinturones en torno a las ciudades que están dándole una contextura nueva a nuestras sociedades sin desvirtuar los caracteres de la raza. En el enfrentamiento humano entre el paisaje y el hombre latinoamericano el modernismo logró definir las literaturas que corresponden a las tres razas que forman nuestro mundo. La literatura netamente europeizante, de que fue un maestro Rubén Darío, la literatura mestiza que ha dado obras maestras en el género novelístico y la literatura negra que hace su emergencia como una expresión posmodernista.

Los poetas y escritores modernistas fueron individuos de una sensibilidad muy americana. Se enfrentaron a los resabios persistentes de la colonia y a los vicios románticos de la era de la independencia que descubrieron, entre los escombros de la revolución que desataron, al hombre latinoamericano en sus proyecciones universales. A esto los ha llevado el peligro del imperialismo norteamericano. Todos los grandes poetas modernistas, entre ellos Rubén Darío, descubrieron este peligro presente y futuro, y lo combatieron con los elementos regios de una lengua regia. No hay más que recordar las imprecaciones de Darío en su *Oda a Roosevelt*, oda que es el himno de la lucha de dos culturas y de dos conceptos de la vida. Y evoca uno siempre a Rubén Darío, porque es el más grande poeta de la lengua española de los últimos tiempos y porque domina la iniciación, el apogeo y el postrer canto de la escuela literaria que, a su pesar, encarnó. Rubén Darío fue un poeta americano, muy americano: la elegancia de su verso que recuerda las canciones primitivas del altiplano mejicano de la época precolombina, su tristeza reticente, su lirismo, su sentido premonitorio de la vida, todo es en él de un americanismo auténtico.

Faltaría a esta visión modernista algo sustancial de no haber existido en el movimiento una filosofía. Esta filosofía, la primera que se manifiesta en nuestros pueblos, es pedagógica. Así lo es porque aún vivimos una etapa pedagógica de la historia. Fue José Enrique Rodó quien se encargó de plasmar esta filosofía modernista de una eminente sencillez y acorde



con los tiempos en que se publicó *Ariel*, ensayo en que, despojándolo de su erudición muy acorde con la época, está el pensamiento naciente de nuestros pueblos. Este breve libro fue publicado en 1900. Ya había pasado la tragedia hispano-norteamericana con todos sus episodios desventurados. Rodó entendió, con mucha claridad, que había que acercarse al “monstruo”, sobre cuyo peligro había llamado la atención Martí en su carta testamento. Se penetró de su pensamiento, de su actitud frente a la vida, leyó a sus escritores, los comparó con los maestros franceses, imbuidos de un optimismo ingenuo, y escribió su sermón cívico en que enfrenta simbólicamente dos conceptos de la existencia, el materialista, que encarna Calibán y el idealista, que encarna Ariel. Es un ensayo escrito en una prosa clara, serena, directa, que busca que las ideas interesen a los lectores con el uso de los más finos medios de expresión literaria. Rodó abrió una nueva vena, la única auténticamente americana, en los menesteres del arte de pensar. Si *Azul* . . . provocó entre los jóvenes de finales del siglo XIX una verdadera revolución de todos los valores literarios, *Ariel* sustentó, en el arranque mismo del siglo XX, el idealismo de la nueva juventud, echando las bases duraderas de una lucha que apenas está comenzando. Además, demostró que en español es posible escribir una prosa sencilla, que es posible pensar y que las batallas se ganan con la claridad y una lengua bien equilibrada y manejada con precisión. Diez años más tarde de publicado el ensayo del uruguayo estallaba la revolución mejicana. Muchos de los intelectuales que participaron en esta hazaña agraria y agrarista habían leído a Rodó.

Latinoamérica terminaba, en “Los Cantos de vida y esperanza”, el gran mensaje modernista, dejando atrás una Europa burguesa a cuyas espaldas cabalgaba una revolución devastadora y enfrentándose a unos Estados Unidos que esperaban su oportunidad mundial. El modernismo dio obras maestras y fue el cemento que consolidó la unidad de nuestro continente que por fin, gracias a sus poetas y escritores, encontraba su razón de ser en el panorama convulsionado de la tierra. Además, preveía el mundo por venir del cual son expresión sus poetas rebeldes, sus novelistas realistas, sus pensadores sociales y sus coroneles nacionalistas.

Costa Rica, 1970